





**LAS SIETE CARAS
DEL DESTRIPIADOR
O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE**



**LAS SIETE CARAS
DEL DESTRIPIADOR
O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE**

PAZ MANCEBO





Grupo Tierra Trivium apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que GTT continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: Agosto, 2018
©Paz Mancebo, 2018
©De esta edición: Grupo Tierra Trivium
Maquetación: Rony Begood
Diseño de cubierta: Rony Begood
©Fotografía del autor: Daniel García
Impreso en la UE
ISBN:978-84-948516-8-1
Depósito Legal: M-28403-2018



www.tierraeditorial.com
tierraeditorial@tierraeditorial.com

PAZ MANCEBO

A mis padres...

Paz Mancebo



PAZ MANCEBO

PRÓLOGO

La vida nos da muchas sorpresas y conocer a Paz Mancebo a través de *Las siete caras del Destripador o la venganza de Oscar Wilde*, ha sido una de ellas. Para una amante como yo de la época Victoriana, de ese misterio que nos infunden las calles de Londres en ese periodo, encontrarme con este libro ha sido un auténtico regalo. Grupo Tierra Trivium presenta a una mujer valiente, muy cualificada y, sobre todo, a una escritora que cuida el lenguaje y la documentación para enfrentarse al mito de «Jack el destripador».

Es importante tener en cuenta que *Las siete caras del Destripador o la venganza de Oscar Wilde* no es un libro más de los tantos que hay sobre este fenómeno, sino que nos desvela cómo y por qué nace la leyenda. Sus páginas nos van sumergiendo en la trama con un argumento sólido y muy bien construido, mostrándonos lo que en realidad fue un crimen de Estado.

Mancebo narra una historia donde los hilos del Poder, como una tela de araña, van atrapando a todo aquel que necesita para llevar a cabo su fin último: la consecución de toda clase de caprichos.

El libro muestra escenas escabrosas. Vemos a mujeres como muñecas de trapo, destrozadas a manos de hombres que presumen ser «hombres de bien» y creen que matar a féminas de «mal vivir» no es un crimen, pues van a salvar el honor de La Corona. Monarcas que utilizan a las personas a su antojo, que se creen con el derecho de utilizarlas para satisfacer sus instintos más básicos y cuando molestan y son un estorbo, buscan la fórmula para quitárselas de encima sin miramientos, sin valorar que una vida es una vida sea de la persona que sea.

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

La autora, a través de su prosa, muestra los estamentos de Poder, infundiendo al lector ese rechazo hacia lo injusto y la impotencia de ver cómo quien debería cuidar al ciudadano, lo que hace, en realidad es cuidarse a sí mismo. Las escenas están narradas con tal delicadeza que no nos hacen sentir rechazo, sino que nos llevan a analizar la triste realidad de que siempre ha habido clases y la fragilidad de la vida de los más desamparados.

Las siete caras del Destripador o la venganza de Oscar Wilde muestra una realidad paralela al mito, que alejará de los bajos fondos al lector para llevarle a los entresijos más cruentos de la vida palaciega.

Es emocionante conocer qué pasó en realidad con El Destripador y, *Las siete caras del destripador...*, es el libro idóneo para ello.

Albahaca Martín

Las siete caras del Destripador o la venganza de Oscar Wilde

PAZ MANCEBO

*Las clases criminales están tan cerca de nosotros
que incluso la policía puede verlas.
Pero están al mismo tan lejos que solo el poeta
puede comprenderlas.*

Oscar Wilde



PAZ MANCEBO

AL SERVICIO DE LA CORONA

Las fiestas en casa de Wilde ya no eran como antes. ¡Qué tiempos aquellos en los que compartía apartamento con Frank Miles! Eso sí que era divertirse. Pero, desde que Oscar se casó y vinieron los hijos, todo resultaba mucho más serio, al menos en apariencia. ¿Quién sabe si las pasiones, ahora reprimidas, no eran mucho más intensas?

Algo, sin embargo, continuaba como siempre. Él seguía celebrando la acostumbrada reunión semanal y, salvo Miles que —como tantísimos otros— había caído en las garras de la sífilis, los demás eran los mismos y con las mismas ganas de pasarlo bien.

Faltaba Frank, y saber que esa traicionera enfermedad lo había convertido en un pobre demente, que se debatía entre la vida y la muerte encerrado entre las paredes de un lúgubre manicomio, no ayudaba a animar el ambiente, aunque la vida tenía que continuar y las penas debían sobrellevarse con dignidad. En aquel hogar la cita de cada miércoles era un rito, y a ella acudían invariablemente sus mejores amigos, con los que Oscar pasaba momentos deliciosos, plagados de risas y chismorreos.

Sally ya no era la ingenua muchachita que Miles recogiera un día de la calle. Se había convertido en una cotizada modelo y,

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

sobre todo, en la protegida amante de... mejor será que no adelantemos acontecimientos. Bástenos saber que no había olvidado a sus benefactores, a los que cada semana honraba con su presencia, y le gustaba retomar su antigua tarea: ella seguía ocupándose de servir el té.

Constance, la esposa de Oscar, nada quería saber de tales celebraciones. Acudió al principio, pero el nacimiento de su primer hijo fue el pretexto perfecto para perder de vista un ambiente que poco la seducía. A partir de ese momento, ella se buscó ocupaciones más interesantes dejando a su esposo vía libre, cosa que él mucho le agradeció. La casa, poco a poco, empezaba a retomar las alegrías de tiempos pasados.

No faltaron pretendientes masculinos dispuestos a ocupar el puesto dejado por Frank en el corazón de Oscar, pero ninguno como el jovencísimo —tenía dieciséis años cuando lo conoció— Robert Baldwin Ross. Aquel muchacho poseía una esmerada educación, y pertenecía a una influyente familia canadiense, en la que destacaba el propio abuelo de Robert, que llegó a ser primer ministro de su país. Nada que ver con el bullicioso y provocativo Miles.

Wilde casado y con hijos, Ross tan discreto. Todo se prestaba a que el ambiente resultara muy distinto por fuera, aunque tanto o más apasionado por dentro. Como un río que baja con sus aguas mansas en la superficie, pero con profundas y peligrosas corrientes en su interior. En cuanto a las reuniones: más sosegadas, menos estridentes, pero esencialmente iguales.

—Oscar, esta tarde me temo que vamos a aburrirnos — susurró Ross al oído del anfitrión de aquel sarao.

—No entiendo por qué —contestó este sin alzar apenas la voz.

—Porque falta mucha gente.

—Estamos los más divertidos.

—Sí, claro. Como somos los más pobres.

PAZ MANCEBO

No pudieron evitar el soltar una sonora carcajada. Robert no era precisamente pobre, pero su familia se cuidaba de no mandarle demasiado dinero, que poco habría contribuido a su formación, y mucho a su disipación.

Efectivamente, el muchacho había acertado. Allí estaban solo los que ocupaban un segundo nivel en el escalafón social. La alta aristocracia, que con tanta frecuencia se daba cita en las fiestas de Wilde, en esta ocasión no parecía estar dispuesta a dejarse ver por allí. Toda ella, o había partido ya a sus residencias veraniegas —avanzado como estaba el mes de julio— o se encontraba haciendo los preparativos para tal partida.

La risa de ambos amigos atrajo las miradas de todos los invitados. Sally, que aquella tarde estaba más guapa y sonriente que nunca, no pudo evitar la tentación de acercarse a ellos y preguntar:

—¿De qué os reís? Oscar, ¿qué te ha dicho este malvado? Que cada día estoy más gorda, seguro. Si es que le tengo un miedo... ¡Tiene un peligro esa lengua suya!

—Tú siempre tan mal pensada —atajó Robert, raudo como una centella—. ¿Cuándo me habrás oído a mí criticar a nadie?

—¿Criticar? Ya lo creo que critica este bribón —intervino Reggie Turner, que se unió a la conversación—. Pero, querida, para llamarte gorda a ti hace falta estar loco. Lenguaraz es, me consta, pero calumniador, no.

—Pues no sé si tengo que agradecerte la defensa —contestó Ross—. Con estos amigos no necesito enemigos. Reggie, en lo sucesivo casi preferiría que dejaras de salir en mi ayuda.

Sonó la campanilla de la puerta y quedó interrumpida la conversación. Nada más natural que tales interrupciones, puesto que aquellas concurridas y animadas reuniones semanales eran siempre un continuo gotear de nuevos

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

contertulios, pero la reacción de Sally dejó a todos boquiabiertos.

El rostro de la joven modelo enrojeció, y a punto estuvo de perder el equilibrio. De hecho, de no haber sido por Harris, que en ese momento acababa de incorporarse al grupo, con intención de intervenir en la conversación, quien supo reaccionar a tiempo sujetando la bandeja que ella llevaba entre sus manos, es fácil imaginar el mal rato que sus amigos habrían pasado, y Sally más que cualquiera de todos ellos.

El propio sir Oscar se encargó de ir a abrir. Prefería quitarse del medio, de lo contrario, ¿cómo no pedir explicaciones a la muchacha de tan extraño comportamiento? Su incomprensible nerviosismo pudo haberle dejado sin la apreciada infusión de té con que cada miércoles obsequiaba a sus invitados. ¿Y qué decir de la suerte que habría corrido la bella alfombra persa sobre la que pudo haber caído la tetara, el azucarero, las pastas...? Mejor no pensarlo.

Tras la puerta, como era de esperar a esas alturas de verano, otro personaje de clase media. Los de primer rango seguían sin hacer acto de presencia.

Sally, una vez visto quién llegaba, recuperó la calma. Sin duda que no era quien ella esperaba, cosa que todos comprendieron pero que ninguno de los presentes se atrevió a comentar. Habría ella deseado que tampoco hubieran hecho alusión alguna al pequeño incidente que acababa de protagonizar, pero, con Robert Ross allí presente, sabía que no iba a librarse, y acertó.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó su joven amigo.

—No, nada de particular. Un pequeño mareo.

—¿No estarás embarazada?

Aquel muchacho era un peligro público. Parecía estar dotado de un sexto sentido, y si ella andaba de por medio, con mayor motivo. Era como si, al ocupar el lugar de Miles en el corazón de Oscar, hubiera heredado todos sus privilegios y todas sus

PAZ MANCEBO

obligaciones. Entre estas últimas estaba la de seguir protegiéndola a ella, ya que fue Frank quien la sacó de la miseria cuando era una adolescente recién salida del orfanato, que malvivía con la venta ambulante de flores a las puertas de la estación ¹Victoria.

¹«Miles era una figura popular en las fiestas de Wilde... a la que asistían a menudo celebridades como el príncipe de Gales. Los tés que daban Wilde y Miles se tenían en alta estima y una joven llamada Sally se ocupaba de servir el té, joven a quien Miles descubriera vendiendo flores delante de la estación Victoria. Miles la utilizaba como modelo, cosa que hicieron asimismo otros artistas de la época» *Jack el Destripador. Recapitulación y veredicto*. Wilson y Odell, Planeta, 1989, p. 220.

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

Es verdad que Sally ya no necesitaba protección. Alguien con mucho más poder y dinero lo hacía de un tiempo a esta parte, aunque sus incondicionales benefactores la querían tanto que no eran capaces de bajar la guardia, y seguían tratándola como a una chiquilla indefensa y débil.

¿Qué hacer ahora? Estaba deseando gritarlo a los cuatro vientos, pero no quería causar mala impresión. Había tantos motivos para ocultar la verdad... y tantos motivos para contárselo a sus amigos...

Para el perspicaz Robert no quedaba ya duda alguna, aquel titubeo equivalía a un sí.

—¡Oscar! —gritó este, alborozado—. ¡La niña está embarazada!

—¡Menudo notición! —exclamó Reggie Turner.

De nuevo el silencio reinó en la concurrida sala. La exclamación de Turner significaba mucho. Efectivamente, aquello no era una sencilla noticia, sino un gran notición.

—Señores, la reina Victoria va a ser de nuevo abuela —dijo con sorna el dueño de la casa, mientras alzaba la taza de té que sostenía en la mano, como proponiendo un brindis a sus convidados, para acabar gritando— ¡¡Dios salve a la reina!!

—¡¡Dios salve a la reina!! —gritaron todos al unísono, levantando sus respectivas tazas de té, uniéndose a la broma del anfitrión, cuyas ingeniosas salidas eran siempre muy festejadas.

Si las reuniones de Wilde se caracterizaban por su heterodoxia, aquella tarde, con toda la aristocracia ausente, les resultaba más fácil a los presentes recibir la noticia de manera relajada y feliz, olvidando los preocupantes matices negativos de la futura maternidad. Es más, la mayor parte de ellos aborrecían el excesivo puritanismo de su austera y autoritaria reina, y ya empezaban a disfrutar pensando en el gran disgusto que esta se

PAZ MANCEBO

iba a llevar. Ross vio llegado el momento de la juerga, por lo que se dirigió hasta donde se encontraba sir Oscar para sugerirle:

—Esto hay que celebrarlo, y no creo que el té sea lo más apropiado para un brindis. ¿No te parece que ha llegado el momento de sacar el güisqui?

—Por supuesto. Vamos a por ello.

Wilde era generoso con sus amigos, y aquella tarde con mayor motivo. Sí, Robert estaba en lo cierto. Sus invitados tenían más motivo que nunca para estar alegres. Si en el palacio de Buckingham pensaban de otra manera, ¡allá ellos!

Mientras que Sally solía encargarse de servir el té, cosa que hacía siguiendo un austero protocolo, Ross hacía otro tanto, y con un ritual tanto o más ceremonioso, cuando llegaba el momento de sacar las bebidas alcohólicas. Esta vez no lo dejaron solo, Reggie Turner se prestó gustoso a ayudarlo. No podía reprimir las ganas de seguir comentando la impactante noticia con alguien que se hallara alejado de Sally, única forma de poder hablar con libertad.

—Deja que te ayude. Yo me encargo de los vasos. ¿Cuántos vamos a necesitar? Por cierto, ¿cómo crees que se encontrará Bertie?

—Imagino que feliz —le respondió Robert, mientras se giraba hacia el grupo para contar cuántos eran, y añadía—. Nueve, somos nueve.

—Lo dudo.

—Sí, Reggie, somos nueve. ¿Crees que no sé contar?

—No es eso lo que he puesto en duda, sino lo que me has dicho anteriormente. ¿Feliz va a sentirse el príncipe de Gales con lo que se le viene encima? ¡Ya! Tiene que estar aterrorizado. No conoces a su majestad la reina.

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

—¿Su majestad la reina? Hoy te veo muy ceremonioso. Lo normal en ti es que me hubieras dicho: «No conoces a la momia».

—Todo te lo tomas a guasa, pero esto es muy serio. Yo al príncipe lo estimo de verdad, y lamento que se halle de nuevo en apuros.

—Reggie no dramatices, por favor. ¿Apuros? ¡Qué manera de exagerar! Apuros, los míos para llegar a fin de mes, y de esos nadie se preocupa. ¿A qué viene tanto temor porque Sally esté embarazada? Entiendo que a Bertie le inquiete lo que pueda decir su esposa; pero ¿su madre? Tiene cuarenta y seis años, edad más que suficiente para hacer lo que le venga en gana, sin tener que dar explicaciones a «mamá».

—Victoria I no es una madre, es una institución. Victoria I es el más frío y cerebral de los estrategas que haya dado este país, a lo largo de sus muchos siglos de historia.

—¿Y?

—¡Cómo se nota que no la conoces! Seguro que hasta ignoras que culpa a su hijo de la muerte prematura de su esposo, al que ella idolatraba.

—¡Otro disparate! Eso fue solo una casualidad.

—Casualidad o no, lo único que está claro es que el príncipe Alberto murió pocos días después del gran disgusto que Bertie les dio a sus padres, liándose con una artista. La reina no se lo perdonará jamás. Todo el mundo sabe que ama a cualquiera de sus hijos más que a él, que para ella Bertie es solo un botarate.

—¡Por favor! ¡Qué mentalidad!

—Robert, no sé para qué me molesto en hablar contigo. Parece mentira que seas nieto de un hombre de estado. Los americanos no entendéis nada de lo que ocurre en Europa.

PAZ MANCEBO

—Europa. ¡Qué espanto! ¡Cuántas veces se lo he oído decir a mi propia madre! ¡Continente viejo, mentalidad vieja! Además, esto no es Europa.

—Sí, Robert, sí que lo es. Al menos lo es mucho más que Canadá. Ni imaginar puedes la facilidad que tienen los habitantes de ese pequeño, aunque importantísimo continente que tenemos a un tiro de piedra, para destronar y hasta matar a sus reyes cuando los consideran indignos.

—Tener un hijo no es indigno.

—Juguetear y saltar de cama en cama, mientras el pueblo pasa hambre, sí lo es.

—¿Cuándo llega ese güisqui? —gritó Harris desde el extremo opuesto del salón.

—Sally, échales una mano —dijo Wilde—. Que estos dos tienen más ganas de parloteo que de trabajar.

La joven se acercó adonde estaban Robert y Reggie, y ellos tuvieron que cambiar de conversación.

Tres días más tarde, no muy lejos del apartamento de Oscar Wilde, sir William Gull se levantó de la mesa tras su frugal comida del mediodía y, tal como tenía por costumbre, se acomodó en su sillón, situado estratégicamente junto a la ventana del salón, con intención de reposar, mientras hojeaba el periódico y contemplaba el lento caminar de los londinenses por la bella y tranquila calle del West End, donde estaba situada su magnífica mansión.

Aquella mañana, como casi todas las mañanas desde hacía un buen número de años, tantos que ni siquiera él era ya capaz de enumerar, había estado en el palacio de Buckingham, con intención de interesarse por la salud de la más ilustre de sus pacientes, que no era otra que la mismísima Victoria I, reina de Gran Bretaña y emperatriz de la India. Eso, a pesar de saber que las posibilidades de verla a ella eran mínimas, puesto que, desde el fallecimiento de su esposo, «su majestad» apenas ponía los pies en Londres.

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

Él era el cirujano más prestigioso del país y, por lo tanto, el médico de la reina y de casi toda la familia real. Digo bien «casi toda» porque, desde hacía algo más de un año, había perdido la confianza de uno de sus miembros más preeminentes: la princesa Alejandra, esposa del príncipe de Gales y futuro rey Eduardo VII, conocido por sus amigos como Bertie.

Perder la confianza de Alejandra era sinónimo de dejar de atender la delicada salud del primogénito de esta, el príncipe Alberto Víctor Eduardo, duque de Clarence, el cual, privado como estaba de sus facultades mentales, ya no llevaba el control de su vida, siendo su madre quien decidía por él.

La princesa era hija de Cristián IX, rey de Dinamarca, país que en 1801 y 1807 había visto su bella capital, Copenhague, bombardeada por la escuadra inglesa bajo las órdenes del comandante Nelson, solo por pretender mantenerse neutral en las guerras napoleónicas, no habiéndose querido alinear del lado de Gran Bretaña.

Aquello era ya historia. El reinado de Victoria I estaba siendo de paz y alianzas. Una de esas alianzas quedó definitivamente sellada con el matrimonio del heredero al trono del Imperio británico con la hija mayor del rey danés.

Pero, ¿por qué no dejar que sea la esposa del doctor Gull, mujer sumamente elocuente y de mente preclara, quien nos cuente las aventuras y desventuras de tan ilustre familia, a la que sir William tan fielmente servía? Imposible encontrar a nadie más capacitado para aclararnos cómo afectaba a su esposo todo lo que con tan encumbrados personajes se relacionaba.

Además, nada más fácil de conseguir, puesto que la dama tenía dos pasiones, una de ellas, la menor en importancia por supuesto, era el charlar, sobre todo cuando descubría que su marido se hallaba disfrutando de la lectura en soledad y silencio, como a él le gustaba leer e incluso vivir.

Aquella tarde, por lo tanto, ocurrió lo de siempre, lo que cada tarde venía ocurriendo en aquel hogar desde tiempo inmemorial: la serena paz, el relajante deleite del galeno quedó

PAZ MANCEBO

pronto interrumpido. Allí estaba lady Gull, con la labor de ganchillo entre sus manos.

Sí, el ganchillo siempre la acompañaba. Es más, desde hacía algo más de un año, parecía haberse convertido en un miembro más de su cuerpo, como si fuera una prolongación de sus dedos, ya que le traía constantemente a la memoria su otra gran pasión, y esta sí que llenaba su vida. Me refiero a su amada hija y a su idolatrado nieto, al que disfrutaba obsequiando con toda clase de diminutas prendas de vestir que ella misma se encargaba de confeccionar, con todo el cuidado y el mimo que su corazón de abuela le inspiraban.

Sir William lo tenía asumido. Era sumergirse él en la lectura y aparecer ella, ganchillo en mano, amenazando su tranquilidad. Su esposa, invariablemente, tomaba asiento a su lado y empezaba a darle la lata, con una cháchara tan llena de sentido común como cuajada de inteligentes y sagaces comentarios, pero que el doctor soportaba de mala gana las más de las veces.

—Querido, vengo a hacerte compañía. ¿Te importa? No quisiera importunarte con mi presencia.

—Por favor, ¿cómo puedes decir tal cosa? Tu presencia nunca me resulta inoportuna. ¡Faltaría más!

—Me han comentado que los príncipes de Gales adelantan este año sus vacaciones, y partirán hacia Balmoral pasado mañana. Al parecer el duque de Clarence ha empeorado, y confían en que el cambio de aires lo beneficiará. ¿Sabes tú algo?

—No tengo ni idea. Llevo meses sin verlo, y no hago diagnósticos a tontas y a locas.

—Es intolerable lo que Alejandra está haciendo contigo. No te mereces un desprecio así, después de tantos años de fidelidad por tu parte.

—Es muy libre de acudir a quien quiera, y poner la salud de su hijo en manos de alguien más joven que yo.

LAS SIETE CARAS DEL DESTRIPIADOR O LA VENGANZA DE OSCAR WILDE

—Tú siempre tan modesto. El problema no es tu edad, sino el que estés atendiendo al tutor de su hijo. ¿Cómo pudo pensar que abandonarías a un enfermo, solo porque ella lo aborrezca?

—¿Aborrecerlo? ¿De dónde te sacas eso?

—No finjas ignorarlo. Tú de este asunto sabes tanto o más que yo. Además, ¿quién tiene la culpa de lo que está pasando?

—¿Culpa? No sé de qué estás hablando.

—¡Qué bien se te da hacerte el tonto! Me refiero a esa manera tan descarada de acusar a sir James Stephen de todo lo ocurrido. Ya sabemos que él tiene mucho que ver con la mala vida que lleva el duque de Clarence, pero no fuiste tú sino ella quien lo puso en manos de ese personaje.

—¡Dios santo! ¡Siempre con lo mismo! Tú y tus amigas no hacéis otra cosa más que hablar mal de toda la familia real.

—Y tú siempre queriendo disculparlos. Está muy claro que la princesa confió demasiado en la espléndida presencia de sir James; en su cultura; en su elegancia; en su exquisita educación; en su abolengo familiar. Y con tanta seguridad como todo ello le proporcionaba a Alejandra, descuidó sus obligaciones maternas.

—Creo que exageras.

—No, William. No estoy exagerando, y tú lo sabes mejor que yo. Ella no estuvo vigilante, y la formación del heredero a la corona es tarea fundamental de una princesa de Gales. Ahora vienen las lamentaciones, las reacciones de ira, los deseos de venganza. Todo con el único fin de ocultar sus propios sentimientos de culpa, descargándolos sobre los demás, incluido tú mismo.

—Ya estás dando rienda suelta a tu alocada imaginación.

PAZ MANCEBO

—Sí, sí. Todo son imaginaciones mías. Tú siempre queriendo disculpar a Alejandra, aunque no se lo merezca.

—Bobadas. Además, aunque así fuera. ¿No crees que ya tiene bastante castigo sir James con su propia enfermedad? Si fuera cierto lo que tan descaradamente afirmas, verlo al borde de la muerte bastaría para calmar la sed de venganza de cualquiera.

—No te falta razón, William, pero parece haber olvidado que contagió la sífilis al joven Alberto, y que también este morirá pronto.

—¿Qué se lo contagió él? ¿Quién eres tú para decir tal cosa? ¡Qué lengua tan viperina! Lo único que está claro es que ambos tienen la enfermedad, pero quién se la contagiara, tanto al uno como al otro, es algo que solo Dios sabe. Y ahora, si no te importa, déjame leer el periódico.

—No, si al final voy a ser yo la mala por decir las verdades. Yo solo me hago eco de lo que va de boca en boca. Alejandra culpa de la desgraciada suerte de su hijo al descarriado tutor, y tú, por tener la osadía de ocuparte de la maltrecha salud de este, has caído en desgracia. Niégalo si quieres, pero yo mantengo que te está tocando pagar a ti los vidrios que no has roto. Ayer mismo me lo comentaba lady Keith.

—¿Qué te dijo esa chismosa?

—Lo que se comenta en todo Londres, que Alejandra está desesperada y amargada. Aunque te voy a ser sincera, yo comprendo perfectamente a la princesa de Gales, porque también yo estaría amargada de encontrarme en su situación. Se casó ilusionada, pensando que pronto sería coronada como reina del gran Imperio británico, y ya es casi abuela y sigue esperando.

—Lo de abuela va para largo.

COMPRAR LIBRO